

tan rico; pero sus tres hermanos, que habían sabido enlazarse con herederas opulentas por vanidad de familia, y la vanidad de esta familia de Pares, descendiente de un guerrero de la Independencia, era colosal, le pasaban para sus vicios más de lo suficiente mientras negociaba la letra que su histórico apellido representaba. Grandón, tanto como raquíptico su compañero, tenía aires de príncipe de ópera en el andar, en el hablar y hasta en el dar, inagotable, de mano sin callos y voluntad sin ligaduras.

Con ellos salió una bandada bulliciosa de muchachas que se dispersó por la playa, con sombrillas multicolores, semejantes, desde arriba, á grandes mariposas rojas, azules, blancas y verdes... D. Valentín, desde luego, reconoció á algunas, por ejemplo, las cuatro de Asnabal, hermanas de Gabinito: Ernestina, Aida, Graziella y Edelmira, tan deliciosamente bellas las cuatro que quitaban el sentido: el pasado año llevaban todas el pelo negro; pero á su

regreso de París aparecieron pintadas de rubio veneciano, ó de rubio *carotte*, y estaban más guapas todavía, aunque no faltaban envidiosas y criticastros que adujeran que con el tinte, los trajes llamativos y la belleza retocada tenían más trazas de artistas que de señoritas. Pero no lo crean ustedes, ¡qué atrocidad! Edelmira era aquella que, como más pequeña, retozaba en la orilla cogiendo conchitas; Ernestina, la más seria, la que se volvía del lado de los caballeros para interrogarles... Aquella otra muy enfundadita en su vestido de franela blanca, de Panamá volcado sobre la frente, escurrida, delgadísima, era Flora Soto, nuestra conocida Florita.

Otras muchas no conocía D. Valentín, y cuidado que las había, ó lo fingía muy bien la distancia ayudada por los colores juveniles que ostentaba la alegre bandada, hermosísimas á granel; pero á D. Valentín le importaba poco, en realidad, el elemento femenino, á pesar de sus alardes de galanteador al estilo antiguo, de románticos flo-



reos y platonismo forzado, y se quitó de la ventana, sin preocuparse de las lindas mariposas de la playa, tan pronto como su estómago le advirtió que estaba ayuno... ¡Rómulo y Gabinito en Marplatina! ¡qué temporada, señor, qué temporada!

La entrada de Casuso en aquel comedor, «como no hay otro en el mundo» al decir hiperbólico de los bañistas marplatineses, tenía algo de teatral. ¡Qué aplomo el suyo! ¡qué desembarazo en la apostura, con qué ángel sonreía á los conocidos, con qué gravedad apretaba las manos, con qué protectora suficiencia enviaba cabezadas á todos lados! Luego sentábase aparte, delante de su mesita de costumbre, desenvolvía muy despacio la adamascada y blanquísima servilleta, la extendía sobre las rodillas... Y miraba, admiraba todo: el elegante cubierto, el suntuosísimo decorado, la magnificencia del conjunto, emocionado profundamente. No, no entra el devoto en un templo con emoción mayor que en el comedor del *Manchester* D. Valentín; templo del con-

*fort*, como él decía, sagrario de lo que en el mundo representa la felicidad completa: lo que se come, lo que se bebe y lo que se goza.

Cogía la minuta de cartulina y la estudiaba á conciencia, escogiendo los platos que por los nombres le parecían más complicados, y comía y bebía con exquisita finura, páladeando, saboreando, más que los manjares y los vinos, la satisfacción de verse en su centro y en su ambiente. Muy pronto sus mejillas, de lisa y bien conservada piel, se animaban, como sus ojos azules, que debieron ser muy parleros en los abriles pasados, y toda su persona despedía oleadas de benevolencia, de amor hacia esta humanidad, tan maltratada y calumniada, que tales refinamientos ha sabido dar á la vida, embelleciéndola y haciéndola amable en lo que tiene de gustosa.

Enternecido, deslumbrado con el brillar de la luz sobre los espejos y dorados, mareado con el vario perfume de las salsas, del café y de los licores, sonreía beatíficamente al mozo de los bigotes chinoscos.



—Lo que tú quieras, Pepe... Sí, el filete primero, pero poca cantidad: hay que evitar que el almuerzo perturbe la siesta.

A los postres, en medio del relativo silencio del comedor, apenas alterado por los pasos y el arrastrar de sillas de nuevos comensales, entraron las cuatro de Asnabal, con tal estrépito de risas y de voces, que todas las cabezas se volvieron alarmadas, quedaron los tenedores en suspenso y bajo las bóvedas del templo de Gargantúa la corriente de la admiración sacudió todos los nervios. ¡Alabado sea el santísimo arte de París! ¡y la belleza argentina, amén! Ernestina, Aida, Graziella y Edelmira, enloquecedoras de hermosura y de gracia, traían unos sombreros y unas blusas y unas faldas... Hasta los bajos, señor, hasta los bajos que enseñaban coquetuelas en el revoloteo del andar, suspendían la vista y el aliento: de seda rosa pálido, los de Ernestina; azul eléctrico, los de Aida; verde mar, los de Graziella, y los de Edelmira, celestes. Era cosa de atragantarse viendo aquello, y

por que tal no sucediera, muchos cerraron los ojos.

Ellas, provocativas, con audacia y descocho encantadores, se plantaron en el centro del salón desafiando al absorto concurso, seguras de su triunfo, satisfechas del oleaje de admiración que levantaban siempre por donde pasaran. Discutían entre sí, se reían á carcajadas, hacían como que se sentaban delante de la mesa ya dispuesta, y se alzaban con saltitos de pájaro asustado, interpellando al mozo:

—¿Y papá? ¿no ha bajado papá? ¿ni Gabino tampoco? ¿qué te parece, Ernestina? ¿nos sentamos ó les esperamos fuera?

—Pues, yo me siento, porque estoy muerta de hambre.

—Y yo.

—Yo no, yo no.

A D. Valentín le enviaron un saludo muy familiar, que parecía decir:

—Hola, Casusito, ¿qué tal? acérquese usted, hombre.

En esto apareció el papá, D. Gabino As-



nabal, con sus trazas de buey mansurrón, el paso tardo, colorado el testuz, los ojos saltones, la cabezota roja y agachada, las manos, que sostenían el sombrero de paja, cortas, negras y bastas, como pezuñas; y D. Valentín, que había comprendido el lenguaje de las cuatro revoltosas, aprovechó la ocasión para ir á saludarlas, muy rendido y amable, y tras de las manecitas gorduzuelas y perfumadas estrechó la pezuña del buey manso, que mugía:

—¿Qué tal, Casuso? ya le echábamos á usted de menos, las muchachas sobre todo. Aquí nos es usted indispensable. ¿Ha acabado usted ya? pues, tome usted este cigarro y siéntese, que charlaremos.

D. Valentín, que en lo de aceptar lo que se le ofrecía no se lo dejaba decir dos veces, tomó el rico tabaco y antes de sentarse sirvió de paje á las niñas, recogiendo las sombrillas, los velos, las bolsitas de seda y hasta el pañolito lleno de conchas de Edelmira; y entretanto, ellas se ponían á la mesa entre risotadas y codazos, secretes y ojeadas

que á los cuatro extremos del salón iban como balas mortíferas.

—¿Se han divertido ustedes mucho esta mañana?—dijo almibarado D. Valentín.

Como locas, y eso que el simpático Casuso (inclinación de gratitud del caballero) no las acompañaba y las prestaba el recurso de su ingenio, como en años anteriores.

—Figúrese usted, Casusito...—decía mordiendo un rábano Aida, que para el gusto general era la más bonita, si bien las opiniones parecían divididas entre las cuatro y los partidarios de cada una formaban legión.

—Figúrese usted, Casusito...—repitió Graziella.

Hablaron todas á la vez, y de la algarrabía pudo comprenderse, con gran trabajo y padecimiento del tímpano, que en el baño ocurrió una escena graciosísima: la hermosa rusa, ¿no la conocía Casuso?, la señora Wanda acababa de salir de su caseta, cuando D. Gustavo, el alemán, amigo de D. Federico Schlingen, y que la persigue



sin esperanza, se le puso delante, echóse de rodillas y quiso besarla los pies... Por supuesto, que el pobre D Gustavo estaba ebrio como una cabra. El susto, la escandalera, se propagaron hasta la Rambla. No se hablaba más que del suceso. ¿Qué hizo ella? apartarle, tan fría como de costumbre, y lanzarse al agua. No se sabe cómo el alemán pudo introducirse en el cercado de las señoras, ni aun estando borracho. ¡Qué indecente!

Y D. Gabino interrumpió:

—Eso decíamos con Soto. ¿Hay reglamentos ó no hay reglamentos? ¿hay policía ó no hay policía? ¿hay respeto ó no hay respeto?

Ninguna de estas cosas parecía por ninguna parte, y el buey manso se lamentó, en llorosos mugidos, de que no parecieran, para vergüenza del país. Edelmira insinuó, con perversa complacencia, que Florita Soto, *la virgen y mártir del calendario social bonaerense*, habría dado cualquier cosa por ser la heroína del suceso; petrificada en sus

anhelos de soltera, estaba más seca que un arenque, y el arranque estrafalario del alemán hubiérala servido para reverdecer sus ilusiones.

—¡Pobre Florita!—suspiraron Ernestina, Aida y Graziella, entre burlonas y compasivas.

Ahí quedaba en la Rambla, eso sí, rodeada de solteros, viudos y casados, entre ellos Rómulo Pares y Gabinito, porque á pesar de sus treinta años larguísimos, y que se daban casi de hocicos con los cuarenta, á pesar de sus patitas de gallo y de sus docenitas de canas disfrazadas de rubio, tenía gancho para los hombres, pero no sabía retenerlos; ¿en qué consistía? era extraño. Muchas veces pudo casarse y dejó escapar el pez del anzuelo. No faltaba quien dijera que una antigua pasión, no correspondida y mal pagada, fuera quizás la causa; lo más probable, casi se atrevía Ernestina á decir lo más seguro, parecía que no supo nunca agarrarse del pelo de la buena ocasión, porque eso de pasiones amoro-



sas en estos tiempos huele á romanticismo huero. En suma, que fuera por lo que fuese, la señorita de Soto estaba á disposición de las empresas, digo, de los aspirantes á marido, y corriera balnearios de moda, teatros, bailes y paseos, matando de fatiga á la gorda misia Loreto y agujereándole el bolsillo al infeliz D. Navigio, con palmas la enterrarían y ya se la podía cantar el *Requiem*.

—A mí me es muy simpática—se atrevió á intercalar D. Valentín;—la tengo por muchacha muy instruída, que lee mucho, de juicio sereno, de seriedad irreprochable...

—Y plancha camisas á la perfección—saltó Graziella ensartando un pastelillo,—barre y lava y guisa como la mejor criada. En su casa ella lo hace todo; como que no tienen ni alfombras por pagarse el coche de Palermo, el palco de la Ópera y las temporadas de Marplatina. Los vestidos se los confecciona ella y la viste también á su mamá. Gran virtud, dirá usted, Casusito,

y mucha maña. Pero, el sacrificarlo todo por dar en los ojos del público, el fregar suelos y cacerolas para poder ponerse el sombrero de París é ir repantigadita en coche de lujo, el comer mal y vivir peor para sostenerse tambaleando en una posición superior á los propios medios, es estúpido, completamente irracional. Y créalo usted, en su casa no hay silla en que sentarse...

Las cuatro cabecitas hechiceras se balancearon compasivas, apoyando esta exclamación:

—¡Pobre Florita!

El tema disgustaba mucho á D. Valentín, y con razón, por lo cual quiso meter baza para variarlo; pero D. Gabino, que entre tanto había devorado un plato de cocido y con el tenedor se escarbaba los dientes de rumiante, dió de pronto un soplido que más parecía regüeldo:

—Irracional, completamente irracional. Has habiado, Grazita divina, como un libro. Pienso yo lo mismo, y lo digo y lo re-



pito: ¿estamos locos ó no estamos locos? ¿tiene Soto ó no tiene? ¿puede ó no puede?

Colocó las dos manos negras sobre la mesa y con placidez bovina miró á D. Valentín.

—Lo que hay, amigo Casuso...

Sobre la capital bonaerense reinaba, como peste maligna, el delirio de las grandezas, trastornando muchos cerebros, pervirtiendo muchos corazones, estancando voluntades y esterilizando energías; por más grandes de lo que somos nos contábamos, á más grandes empresas de las que podíamos acometer nos atrevíamos, en grande queríamos vivir y á grandes pretendíamos llegar antes de la edad, sin calcular que todo nos venía grande, empezando por el territorio, pueblo-niño con la leche en los labios todavía, que se las echa de hombre y corre la tuna en mantillas. La rana de la vanidad estaba á punto de reventar, hinchada de viento. Y á la verdad, así nos estiráramos hasta descoyuntarnos y nos pusiéramos sobre las puntas de los pies y alargáramos el brazo,

no alcanzaríamos á la grandeza extraordinaria soñada.

Porque el crecimiento tiene sus leyes y la lógica las suyas, y mientras exista el mundo las habrá siempre, y el querer atropellarlo todo es causa de vencimiento y de ruina el sacar los pies del plato. ¿Lo decía ó no lo decía? Pues D. Navigio Soto era un caso gravísimo de esta peste de megalomanía que nos ha invadido, importada de Francia y de los Estados Unidos, naciones á las que la rana vanidosa se esfuerza ridículamente en emular. Y cuidado que D. Gabino había conocido á D. Navigio como un buen hombre, con su cara infelizota de clerizonte, sus gustos de cordobés añejo y su timidez provinciana; pero todo fue venir de senador á la capital y contagiarse de la peste él, su mujer y su hija. Los primeros síntomas del mal se exteriorizaron en el tren con que montó su casa y los trapos costosos de las damas; luego, cuando la elección presidencial de Eneene y que del Senado pasó al Ministerio, aumentó la enfermedad acusan-



do típicamente los caracteres fatales: vendió las cuatro casas y algún campo de Córdoba, y con el producto se dió á edificar el más grande palacio de la ciudad, en que todo había de ser grandioso, lo indispensable para albergar su grandeza: grandes los salones, grande el lujo y de grandes artistas cuanto al mobiliario y al decorado se refería.

Aún se recuerdan las fiestas que se celebraron en el palacio de Soto, los banquetes, rivales de los de Schlingen en *La Wal-kyria*, con vajilla de plata, cubiertos de oro y cristalería de Bohemia. Y claro es, en la atmósfera peligrosa del contagio, las damas se crecieron, tocaron los techos con la cabeza, y viéndose tan alto antojáronseles guisanos los demás. Lo menos que Flora exigía era un príncipe heredero, con corona y manto reales, como los de los cuentos, y desdeñosa rechazaba cuantos honrados corazones se la ofrecieron.

¡Grandeza efímera! Cayó el Ministerio, D. Navigio se vino abajo; el palacio, edificado sobre arena, se derrumbó estrepitosamente,

mente, y de entre los escombros salieron arrastrándose sus orgullosos moradores, llenos de chichones y cardenales, pero aún no despiertos de su sueño. Eran incurables. Aún miraban desde las nubes á los simples mortales, y Florita, en la reclusión de su casa, con la escoba ó el plumero en la mano, tenía seguramente aires de reina, y apenas se contentaría con un marqués de importación extranjera, libre de derechos. Ya lo veía Casuso, ya lo veían todos: á pesar de ello y á pesar de lo que se sabía, estaban en Marplatina y ocupaban el mejor departamento del *Manchester*; ¿cómo? ¿con qué? misterio, problema insoluble para D. Gabino Asnabal, cuyos carneros y vacas numerosísimos, cuyos campos valiosos y cuyas fincas respondían generosamente de aquel vaso que, por la curación de la enfermedad social que nos va arruinando lentamente, vaciaba con mucho gusto.

Lo vació, en efecto, y D. Valentín, que no dijo palabra y se tuvo, desde luego, por un apestado más, pensando en Teles y en



su estómago repleto á costa ajena, pidió permiso á las señoritas para encender el cigarro. Ellas se lo dieron graciosamente, y al mugir jermiaco de D. Gabino sucedió el repiqueteo de los cubiertos y el morder de los blancos dientes; D. Valentín chupaba su cigarro, medio adormecido por la digestión y la augusta calma del comedor.

—¿A qué hora es el concierto?—preguntó Aida.

Renació la conversación á propósito del concierto y del Tiro de Pichón; y como Ernestina ponderase la destreza increíble de Rómulo Pares, cuyos blancos eran la admiración de tiradores y profanos, Edelmira, muy cómicamente, asintió diciendo que otros blancos más difíciles sabía hacer, por ejemplo, el del acartonado corazón de Flora Soto y el de Adelaida Schlingen y el de... Mostró la sarta de corazones heridos, con locas risas y burlas puuzantes, y Ernestina, colérica, amenazó á la chiquilla si persistía en aquellas bromas.

—¡Hijas mías, hermosas, silencio!—su-

plicó el papá.—¿Por qué te enfadas, Ernestina? no veo el motivo. Edelmira está en lo cierto. Desde el año pasado vengo observando que la hija de Soto pone buenos ojos á Rómulo; y acaso sea éste el marqués á que yo me refería, que su apellido vale por muchos títulos. ¿Tengo ó no tengo razón?

Alzó D. Gabino la pezuña derecha para afirmar gráficamente su idea y sus teorías sobre las grandezas enfermizas; pero el mozo le presentó una fuente de chuletas asadas, con patatas fritas, y ante este argumento persuasivo se fundió su discurso en un mugido de complacencia. ¡Mu! ¡mu! ¡qué calentitas y jugosas estaban! Así le gustaban á su difunta mujer, aquella bellísima Ernestina, que ella sola valía por sus cuatro hijas, y si viviera las dejaba por feas en cualquier certamen. ¡Qué mujer y qué chuletas! ¡mu! ¡mu!

La rabiosilla Ernestina no quiso catarlas, más enfadada aún porque Edelmira la dirigía mudos saetazos con los ojos risueños; y de este incidente familiar tomó pretexto

33658



D. Valentín para expresar su intención de marcharse... Mas, al mismo tiempo entró en el comedor un tropel de bañistas tardíos, dormilones ó paseantes perezosos, y las cuatro muchachas se volvieron curiosas; D. Valentín se afirmó en sus largas piernas para hacer resaltar su gallardía, escogiendo la más graciosa de sus sonrisas.

Los trajes claros, los sombreritos de paja, las caras que el aire de mar desnudaba rudamente de afeites, pasaron rápidos, dispersándose en las mesitas, que les aguardaban con la doblada servilleta en forma de mitra y el limpio servicio del culto bucólico; todo lo conocido, lo elegante, lo hermoso y lo rico de Buenos Aires: primero Crucita Zaldívar, luego las dos de Esteven, la de Pozuelo, Lucía Guerra de Cautillac, Jovita García Luces de Hierro, la familia de Soto, ¡qué sé yo!, y la dorada falange de jóvenes: los Guerra, los Gómez, los Esteven, los Riquez, los Trujillo, los Pares, los Asnabal... ¡Oh! ¡quién supiera pintar aquel desfile tal y como merecía ser pintado! ¡qué

figuras podrían trazarse, y qué fondo darles más soberbio, muestra patente de nuestra riqueza y magnificencia, diga lo que quiera D. Gabino, y vea ó no, con ojos de cegato pesimista, más de uno de los que él llama apestados en ese brillantísimo cinematógrafo de nuestro libro de oro!

Miraban curiosas las cuatro de Asnabal, sonreía y saludaba D. Valentín y D. Gabino hacía ¡mu! ¡mu! Florita, al pasar, acercó su rostro de embalsamada beldad á Ernestina y la secreteó al oído. ¿Irían al concierto? ella no, tenía jaqueca; los aires de Marplatina son terribles para la jaqueca. Las otras, distraídas, dijeron que sí.

Y el gran comedor se animó, resplandeció más que antes; sobre el encerado pavimento se deslizaban los mozos como si llevaran patines; humeaban las fuentes y los cigarros, y lenguas y mandíbulas se ejercitaban en alegre armonía. Y allá afuera el mar, el filósofo eterno, rezongaba broncamente, acaso burlándose, como D. Gabino, de las grandezas sociales.